

LA ÚLTIMA

SILLÓN DE OREJAS

El infierno y los superventas

Por Manuel Rodríguez Rivero

CREO, PERO NO ESTOY SEGURO (vaya, me ha quedado como un *incipit* de un narrador de Javier Marías), que fue alguno de los primitivos Padres de la Iglesia —quizás Tertuliano u Orígenes— el que escribió que una de las recompensas no menores de los bienaventurados que mueren en gracia de Dios será la de poder contemplar desde el cielo, como desde el panóptico de Jeremy Bentham, los espantosos tormentos de los condenados en el infierno. Ya ven: el *Shadenfreude* —es decir, la alegría maliciosa por las desgracias de otros— elevado a categoría teológica. Gozo con tu dolor, mi alegría es tu daño. Es como imaginarse hoy —con el termómetro a punto de reventar— a los extraterrestres (incluidos los habitantes del paraíso) contemplando retozones, y *gin-tonic* en mano, nuestro sofoco agostero desde su presumible ámbito fresco. Y conste que el infierno de los antiguos no tenía nada que ver con el aséptico saloncito estilo Segundo Imperio en el que Sartre (*Huis-Clos* —*A puerta cerrada*—, 1944) situaba el suyo, y en el que el mayor tormento era la mirada de los otros. No, el verdadero infierno es mucho menos minimalista y más sofisticado; me lo imaginó más parecido al de Dante —ilustrado por Doré— o, aún peor (y más terrorífico), al que describe largamente, y con tremendo nervio jesuítico, el padre Arnall a Stephen Dedalus y sus compañeros en el inolvidable capítulo segundo del *Retrato del artista adolescente* (1916), en el que se resumen las horribles penas de los condenados con tres terribles apocisiones: "Ilimitada extensión de tormento, increíble intensidad de dolor, incansable variedad de tortura: esto es lo que la divina majestad, tan ultrajada por los pecadores, exige". Por lo demás, y en el caso improbable de que, por evidente desdicho o equivocación divinos, a mi muerte yo diera con mis huesos en el infierno. Gehena o Tártaro, la verdad es que, sobre el papel, prefiero el de los existencialistas al de Tertuliano u Orígenes, quien, por cierto, añadía a sus méritos teológicos como Padre de la Iglesia el de haberse emaculado a sí mismo para no sucumbir (como muchos de vosotros, mis improbables lec-

tores, mis cómplices) a la tentación de la carne, y conste que no pretendo dar ideas. En cuanto a los existencialistas, constato que Ariel —que presenta un interesante programa *non-fiction* para la *rentrée*— publicará dentro de unos días *En el café de los existencialistas*, de Sara Bakewell (sí: la autora del celebrado *Cómo vivir. Una vida con Montaigne*), un ensayo biográfico

su descubrimiento berlinés de la fenomenología, mientras al futuro autor de *El ser y la nada* (1943) se le ponían los ojos como platos. Y así fue como todo empezó. *En el café de los existencialistas* trata de filosofía y de las distintas maneras de enfocar su objeto (Heidegger frente a Merleau-Ponty), de los pensadores y de su diferente modo de enfrentarse filosóficamente a la

nas es a trazar una especie de tipología del *best seller* que hoy más se vende en Estados Unidos, que es el mayor mercado del libro del planeta (en 2014 se vendieron allí 2.700 millones de ejemplares en todos los formatos y soportes). Según The Expert Editor, una de tantas webs que se dedican a captar clientela, el perfil del *best seller* que triunfa en EE UU tiene alrededor de 375 páginas, una protagonista femenina (aunque los lectores los prefieren masculinos), preferentemente abogada o detective; además, el 25% de los *best sellers* (y el 40% de los que se venden en formato *e-book*) pertenece al género *romance*, seguido por *thrillers*, libros de asunto religioso, fantasía, y otros; también me resulta significativo que, según la citada web, el número de palabras por frase en los *best sellers* norteamericanos ha descendido en los últimos años, igual que el uso del punto y coma, mientras que ha aumentado el empleo de signos de interrogación. Nada que ver, por tanto, con aquella obra total que pretendía escribir Carlos Argentino Doneri, el primo coñado de Beatriz Elena Viterbo, en *El Aleph* borgiano. Por aquí las cosas son algo diferentes, aunque buena parte de los libros más vendidos en los últimos años hayan sido traducciones de éxitos estadounidenses. En todo caso, entre los potenciales superventas que se anuncian para la *rentrée* española destacan dos de sendos grupos rivales: Grijalbo (Random House) abrirá fuego el 31 de agosto con *Los herederos de la tierra*, de Ildelfonso Falcones, que regresa a la misma Barcelona del Trecento en que situó *La catedral del mar* (2006), uno de los más rentables éxitos españoles de la última década (Atresmedia estrenará en 2017 su serie inspirada en la novela). Por su parte, Planeta esperará hasta el 4 de octubre para reventar presuntamente la caja registradora con la publicación de *La espía*, de Paulo Coelho, un *romance* con fundamento biográfico protagonizado por Mata Hari, la célebre bailarina, cortesana y espía. Por cierto que, en los parateos que acompañan al libro, el autor, cuyos agudo olfato y sagaz instinto mercadotécnico son el sueño de cualquier editor de superventas, ha definido a su personaje como "una de nuestras primeras feministas" (¡glup!). •



Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, en la playa de Copacabana, en Rio de Janeiro, en 1960. Foto: AFP

y cultural acerca de quienes construyeron aquella filosofía que, en sus numerosas variantes, iba a informar el *Zeitgeist* de posguerra. Bakewell, que sabe cómo comunicar lo que otros harían abstruso, sitúa con eficaz efectismo didáctico el punto de partida del existencialismo "moderno" en París a principios de los años treinta, cuando Montparnasse bullía y en Berlín Hitler estaba llegando al poder. Allí, mientras bebían en el bar Bec-de-Gaz cóceles de albaricóque (el subtítulo inglés del ensayo hace referencia al brebaje; no comprendo por qué no lo han respetado en la edición española), Raymond Aron habló a los "novios" Sartre y Beauvoir de

vida, de ética y moral y de un tiempo en el que todo cambió para siempre y París era aún la capital del mundo.

Superventas

DESDE LA ÉPOCA de Dickens, editores —antes incluso de que existiera el término tal como hoy lo entendemos—, libreros y críticos se han preguntado por el secreto que hace que un libro se convierta en *best seller*. Hubo quien creyó que los ordenadores, cruzando la información que proporcionan los superventas del pasado y del presente, conseguirían hallar la fórmula, pero a lo más que han llegado las máqui-

EN POCAS PALABRAS
Angeles Mora

“Las mujeres ni somos mágicas ni hacemos milagros”

Ilustración: Setanta

ÁNGELES MORA (CÓRDOBA, 1952) es la última galardonada con el Premio de la Crítica de Poesía por *Ficciones para una autobiografía* (Bartleby Editores).

—¿Qué libro le hizo querer ser poeta?

—Primero, mis libros de literatura en el bachillerato. Más tarde, recuerdo dos, en especial, que me empujaban a escribir: *En las orillas del Sar*, de Rosalía de Castro, y *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández

—De no ser escritora, le habría gustado ser...

—Pintora o fotógrafa. Otras formas de mirar la vida

—Una antología suya se pregunta en el título si las mujeres son mágicas. ¿Lo son?

—Es lo que se preguntaba, con cierta obsesión, el protagonista de *La noche americana*, de Truffaut. Además, "la noche



americana" es en cine la noche "artificial", algo mágico, en cierto modo. Pero las mujeres ni somos mágicas ni hacemos milagros... en todo caso hacemos cuentas, como cualquiera.

—¿Cuál es la película que más veces ha visto?

—*Desayuno con diamantes*, y también, siempre que he podido, *Cinema Paradiso*.

—Si tuviese que usar una canción o una pieza musical como autorretrato, ¿cuál sería?

—Quizá *Capricho árabe*, de Tárrega: creo que tiene una melancolía y una emoción muy mías. O *Cádiz*, de Albéniz. Mi padre las tocaba a la guitarra en mi niñez...

—¿Qué suceso histórico admira más?

—La invención por Mary Shelley de uno de los relatos de terror más famosos: *Frankenstein* o

el moderno Prometeo (la ciencia creando al hombre...), escrito en el verano de 1816, un texto que se convirtió en el gran clásico que todos conocemos.

—¿Trasnochó o madrugó?

—Me gusta alargar las noches. Madrugar es casi un castigo bíblico. Pero a veces he visto amanecer, y eso me encanta.

—¿Qué encargo no aceptaría?

—Algo que suponga una humillación para alguien. Detesto cualquier tipo de humillación

—¿Qué está socialmente sobrevalorado?

—El éxito, porque vivimos en un mundo competitivo en vez de cooperativo.

—¿A quién le daría el próximo Premio Nobel de Literatura?

—¡Qué sé yo! Admiro la escritura y también la actitud de la escritora india Arundhati Roy, por decir un nombre. •

EL PAÍS BABELIA 27.08.16 15